

escualoides, que abundan en el yacimiento de Monte Aperto, presentan las estrías correspondientes a la sierra de que están armados los dientes de aquellos carniceros peces. Observa, además, Pelegrini Strobel (*V. Bulletino de paleontogia italiana, 1876*) que las capás donde se hallaron esos huesos rayados eran de mar profunda y no de una playa accesible al hombre.»

Una vez más nos valdrá la autoridad nada sospechosa de Mortillet. Dice así el distinguido sabio francés: «No cabe duda que todas las incisiones de huesos de cetáceos presentados hasta hoy son simples productos de los dientes incisivos de los grandes escualoides.» (Ob. cit. 2 ed. pág. 63).

JOSÉ TOMÁS ESCALLON, M. A.

(Continuará).

---

## PAGINAS OLVIDADAS

---

### SERMON DEL PADRE JUNA PREDICADO EN LA BASILICA DE SAN JUAN MARTIR

Hallándose en Roma el autor de estos opúsculos avino un caso singular que dio en qué se ocupara la ciudad eterna por más de 15 días. Y fue que un viernes debía haber sermón en la basílica de San Juan Martir; sermón anunciado de antemano, con el aliciente de ser nuevo, desconocido y misterioso el orador. Decían unos que era el tal un fraile extranjero de mucho nombre que andaba viajando incógnito: el padre Jacinto, el padre Félix o alguno de los oradores sagrados de más fama en Europa. Otros pensaban que había venido ex-profeso un clérigo toscano que estaba dando golpe en Italia; y otros querían sostener que era un prodigio brotado del huevo del ruisenior, como Tenorini, que se

había aparecido de repente por los puertos de Sorrento y Castellamare. La iglesia estaba llena de gente principal; la flor y nata de la ciudad eterna estaba allí, junto con ilustres viajeros y potentados de otras naciones. La reina Cristina, madre de doña Isabel II; la princesa Borghese; su eminencia el cardenal Bonaparte, su eminencia el cardenal Antonelli; el general de Goyon, comandante de las tropas francesas que entonces ocupaban a Roma en vía de protección al Papa; el gran duque de Baden; la célebre trágica Ristori, y otros personajes de los que suelen acudir a la capital del mundo católico en ciertas épocas del año. Salió del presbiterio el predicador y subió al púlpito en medio de un profundo silencio. Era un fraile de la Orden del Seráfico padre; fraile altísimo, calada la capilla, la barba pegada al pecho, el andar lento y majestuoso. De pie se estuvo un cuarto de hora sin descubrirse ni decir palabra, cabizbajo, inmóvil como una estatua sobre una tumba. Diez mil ojos estaban en ese instante sobre el hermoso fantasma, y cinco mil almas colgadas de ese amenazante silencio. El más desconocido de los circunstantes, de hombro contra una columna de mármol, tenía fijo el espíritu en ese fraile, que antes de hablar era sublime; y él oyó con tal amor, que su oración se le quedó grabada punto por punto en el pecho y la memoria.

*Surge et invoca Deum tuum.* Hermanos míos, dijo al fin, echándose la capilla a la espalda y sacando los brazos; hermanos míos, el asunto de que voy a tratar es el más vasto, fecundo, tierno y respetable de cuantos se pueden ofrecer a la palabra. Amor de Dios es afección compuesta de todas las afeciones puras, amor de Dios es conjunto de virtudes y bellezas que por sí sólo compone el mundo invisible que en armonioso mutismo está girando en la órbita de los espíritus celestiales. En noche despejada, cuando los ástros resplandecen en el fir-

mamento, y las estrellas pesañean y se mueven como ángeles recién nacidos, y la atmósfera transparente da paso a la vista hasta las nebulosas, y la naturaleza está recogida, y el mundo duerme arrullado por la música que proviene de los mil silencios del cielo y de la tierra, una criatura humana se halla embebecida en la obra del Todopoderoso, contemplando el universo sin que nadie la vea. Los vuelos de su pensamiento hacia la altura infinita, las sensaciones de su corazón, la maravilla de que se siente poseída, la fruición inefable que conmueve santamente su alma, todo es amor, amor de Dios. Poesía es un vehemente amor de Dios. Los antiguos simbolizaron las pasiones en esos genios o deidades que llamaron Musas: el numen o inspirador supremo es el amor, amor de Dios. Porque amor de Dios es amor a la verdad, amor a la virtud, amor al prójimo, amor a la naturaleza. El reinado del amor no tiene fin. *Et regni ejus non erit finis.*

Un hombre viene por allí a paso lento, majestuoso en porte y ademán. Se pára, no se mueve, es un dios de mármol de los que adoran los pórticos de Atenas. Sobre ese hombre ha bajado el Espíritu divino, su corazón está inundado por el amor: es el santo gentil a quien, como después a Saulo, sale Dios al camino y le asalta y le roba para la gloria. Saulo, dije, hermanos míos, el que se iba para Damasco a cumplir sus propósitos contra los adoradores de Cristo, y allí se queda a media jornada, deslumbrado por la luz eterna, herido por el amor, amor de Dios. *Factum est cor ejus tanquam cera liquescens.* El amor de Dios convierte el fierro en oro, el pederal en diamante, el hielo en fuego. El amor de Dios descende sobre los escogidos, y de gentiles hace cristianos, de perversos santos, de esbirros mártires. El amor de Dios purifica las entrañas, cura las llagas del pecho, y concilia una tal sensación de bien-

estar, que es como una vaga sospecha de la bienaventuranza infinita. El amor de Dios enciende, consume, anonada. Ved esa mujer puesta de rodillas, las manos en el pecho, la frente arriba, los ojos clavados en el cielo. No hay vida en ella: sus miembros han perdido el movimiento, sus carnes la sensibilidad: ni ve con la vista, ni oye con el oído: esa mujer está encendida en el amor de Dios, consumida, anonadada por él: es Teresa de Jesús en éxtasis, esto es en arrebatos de amor, amor de Dios. Está velando y orando para la eternidad. *Vigilate et orate.*

Las virtudes son todas hijas del amor de Dios; y este amor comunica fuerzas superiores a la naturaleza humana. Y si no decidme ¿cómo pudiera san Carlos Borromeo andarse día y noche por las calles de Milán, entrando a todas las casas, alzando a todos los enfermos, sirviendo y socorriendo a todos los necesitados, sin desfallecer jamás y sin temor en medio de la peste que devora al pueblo? El santo obispo se echa a la espalda un saco lleno de vestidos, medicamentos, comestibles, y a paso firme sale a cumplir con su encargo. Este encargo lo ha recibido del cielo, y es visitar a los enfermos, dar de comer a los que han hambre, de beber a los que han sed, vestir a los desnudos y consolar a los afligidos. El amor de Dios le sirve de alas: vuela de un extremo a otro de la ciudad. El amor de Dios es esencia salutífera: los malos olores, las pestilencias de los desgraciados no le ofenden. El amor de Dios es antídoto: el cólera no le toca. El amor de Dios es máquina de armonía: los ayes, los alaridos de los espirantes no le horripilan. El amor de Dios es fuerza: el santo obispo alza él solo un moribundo, del patio donde ha caído lo transporta al lecho que allí le prepara él mismo; levanta un cuerpo muerto, y lo pone en la carreta que está pasando al cementerio. El amor de Dios

es pan: el santo obispo no come veinticuatro horas, y no siente necesidad. El amor de Dios es agua pura: el santo obispo no bebe, y tiene frescas las entrañas, jugosa la garganta. La caridad, hermanos míos, esta virtud humilde, silenciosa, desconocida, es un aspecto del amor de Dios. Pues habéis de saber que el amor de Dios es un prisma de muchas caras que da reflejos variados y produce colores que iluminan el espíritu de los que saben ponerlo al viso. Cuando, movidos por él, visitamos a los enfermos, vestimos a los desnudos, consolamos a los tristes, el amor de Dios se llama caridad. Cuando sufrimos injurias y perdonamos agravios, se llama paciencia, mansedumbre. Cuando sofrenamos las pasiones y las tenemos encadenadas a nuestros pies, se llama fortaleza. Cuando ponemos medida a nuestros apetitos y deseos, se llama templanza. Todas nuestras afecciones, bien dirigidas, puestas en movimiento con fines laudables, encierran el amor de Dios; y este amor tanta cabida tiene en pechos de reyes y emperadores, como en el de rústicos y gañanes. El monarca que ama a su pueblo y le rige según las leyes de la razón, ama a Dios. El pastor que cuida la ovejita recién nacida, ama a Dios. El amor de Dios es luz: donde él falta, las tinieblas fundan su imperio. Odio, venganza, mentira, envidia, incredulidad insensata, ira feroz, soberbia, son negros personajes de ese reino profundo, negro, donde no penetra el amor de Dios.

Oh tú que disimulas agravios, perdonas insultos, sufres y callas por mansedumbre, por bondad, tú amas a Dios.

Oh tú que no miras con desdén al pobre, alargas la mano al caído, socorres al necesitado, tú amas a Dios.

Oh tú que no le hieres en su buena fama al pró-

jimo, no urdes quimeras, no levantas falsos testimonios, tú amas a Dios.

Oh tú que honras a tus padres, velas por tus hijos, respetas a tus semejantes, tú amas a Dios.

Oh tú que no quitas la vida a tu hermano ni con cuchillo ni con lengua; que no le arrebatas sus haberes ni le promueves litigios inicuos, tú amas a Dios.

Oh tú que no profanas la inocencia con miradas y pensamientos infernales, no codicias la mujer de tu vecino, repeles a esa furia de ojos encendidos que te asalta por la noche, tú amas a Dios.

Oh tú que no propagas nociones perniciosas, no inculcas en el pueblo doctrinas subversivas, no te ensoberbeces ni te exaltas contra las demás clases sociales, tú amas a Dios. Hombre manso, modesto, diligente, que hablas la verdad y gustas del trabajo, tú amas a Dios.

¿Qué estoy viendo por allí? exclamó el predicador variando el tono, en voz casi estridente. Unos labios se han abierto, y de ellos ha salido el santo nombre de Dios en vano. Ese no le ama. Unos ojos se han dirigido a donde no debieran; unos oídos se han pegado a una puerta, han oído y han corrido a hacer denuncia. Ese no le ama. Un corazón se ha hinchado de cólera, ha rugido de venganza; una lengua ha jurado perder a un hombre, beber sangre. Ese no le ama. Unas manos se han alargado sobre los bienes ajenos, han apañado y han desaparecido. Ese no le ama. Un hombre ha bebido hiel y emponzoñado sus entrañas con la mortal sustancia de la envidia. Ese no le ama.

Tirano! gritó de repente el fraile en voz furibunda que causó estremecimiento en el auditorio; tú, con tu soberbia insensata, tu corazón empedernido, tu lengua envenenada, tus uñas largas, tus ojos inyectados en sangre, tu alma llena de lacras y costurones, tus palabras envueltas en mentiras, tú, dices que amas a Dios?

Y en esto se quedó el predicador mirando al concurso con unos ojos, una cara, una inclinación del cuerpo, una posición de los brazos, que eran sin duda las de Isaías apostrofando y amenazando al pueblo. Rodeados de sus cómplices, tornó a decir, se beben los tiranos las iniquidades como el agua. *Bibunt iniquitatem quasi aquam.*

Impostor! dijo, tú que perviertes y desfiguras la verdad, vuelves negro lo blanco, disparas tus saetas y hieres en corazones puros; que difamas y perjudicás a tus semejantes, reniegas de la virtud y quemas incienso en aras del demonio, tú dices que amas a Dios? La lengua de un vil adulator es muchas veces más sanguinaria que la mano del verdugo, dice nuestro padre San Agustín. *Plus persequitur lingua adulatoris quam manus interfectoris.*

Ebrio consuetudinario! que te echas furioso sobre la imagen del Criador, y le arañas y lastimas las facciones; que te sales de la razón y corres enloquecido por breñas y malezas; que te arrebatas y pones las manos en tu padre; que echas escorpiones por la boca y ofendes a tu propia esposa; que muestras medio desnudas las macilentas carnes; que miras con ojos desviados y nublados; que vacilas sobre tus plantas y vas causando risa en el vulgo; que encharcas las entrañas con licores incendiarios, y ardes en el fuego corruptor de los vicios más terrenos; que blasfemas y amenazas a los hombres; tú dices que amas a Dios?

Adúltera! ah... Yo veo una mujer que huye por ahí. A dónde corres, infelice? pára, deténte! Voy tras ti, te alcanzo, te echo mano... Con que el lecho nupcial, el lugar sagrado de la casa, el altar de la familia... Indigna! perversa! Alza los ojos, mírame! Y tu esposo, el compañero que recibiste del Altísimo, ese hombre crédulo y bueno está matándose por darte qué comer, por vestirse como a reina. El sudor del trabajo, santo

sudor, corre por su frente. Tiene el pecho fatigado, el brazo rendido. Sus facciones todas tiran a un centro, y ése eres tú; sus deseos todos se cifran en uno, y es el de agradarte. Compareció contigo en el templo, ante el ministro de la Iglesia: él juró, juraste tú: cómo has cumplido tu juramento? Piensas que con huír huyes de Dios? piensas que con negar le engañas? piensas que con callar le satisfaces? No amas a tu marido, no amas a tus hijos, y dices que amas a Dios? Respóndele! no respondes. *Illa autem tacebat, et nihil respondit.* No amas a Dios, no le amas. Y si no le amas, ¿qué será de ti, traidora? No amar a Dios, es no tener fe. No amar a Dios, es no decir verdad. No amar a Dios, es no ser honesta. No amar a Dios, es mirar con vilipendio la virtud. No amar a Dios, es no cumplir con tus deberes. No amar a Dios, es no confesarle. No amar a Dios, es ser pecadora incorregible, condenada en los juicios del Eterno!

Calló un instante el padre, y con acento lúgubre prosiguió: Mira, de noche, tarde de la noche un espectro se presenta, y te pones a dar diente con diente. Viene desnudo, las costillas al aire, crugiéndole los huesos. Su cabeza no tiene pelo, su cara no tiene mejillas: los ojos se le han ido, y en su lugar están dos oscuros agujeros: la nariz es un hosesillo miserable, la boca una espantosa abertura: los brazos largos y secos: las piernas se le mueven desgonzadas: trae una flecha en la mano, y viene a caballo. Cerrada está tu puerta y ha entrado; oscuro está tu cuarto, y le estás viendo. Es la muerte, desdichada!

Un grito agudísimo sonó tras mí. Volví la cabeza, y vi una señora que caía de espaldas. «Santísima Virgen! exclamaron dos mujeres echándose sobre ella: señora condesa! señora condesa!» La condesa estaba arrojando una espuma verdosa por los labios; un estertor de agonía le estaba hirviendo en la garganta. Luégo perdió hasta la respiración; una lividez horrorosa se difundió por sus facciones, y quedó muda en brazos de sus sier-

vas. El predicador había callado. Echando de ver su golpe mortal, cortó el sermón, se caló la capilla, bajó del púlpito y desapareció. No há mucho de esto, un periódico de Nápoles nos puso al corriente de su paradero: el jueves, decía, predicará en San Javier el reverendo padre Juan acerca de las vanidades del mundo. Roma está palpitando aún a la palabra de este insigne orador, etc. etc. La misma tarde un diario de la ciudad eterna daba esta noticia: «Hoy a las cinco de la mañana falleció la señora condesa Fedelina Mardinoff, noble dama rusa que andaba viajando por Italia. No ha podido recobrase de la acesión que sufrió en San Juan martir, y ha muerto en el seno de Nuestra Santa Madre Iglesia.»

JUAN MONTALVO

## A MI MADRE

En medio al corazón guardo cual prenda  
De un destino mejor tu imagen pura,  
Que es luz y amor para la ingrata senda  
Y esperanza de célica ventura.

Ella me habla de ti; de aquellas horas  
En que todo era lumbre en mi camino,  
Y las espinas crueles, punzadoras  
No surcaban mi faz de peregrino.

Me dice que tu amor como un torrente  
Aumenta más y más en la distancia;  
Que tu santo recuerdo entre mi mente  
Lleva como las flores la fragancia.

Sí, madre: el corazón que abandonaste  
Aún guarda de tu amor el embeleso,  
Pues conserva el calor que le dejaste  
Al darle, ya al partir, tu último beso.